



El grito

Yrsa Sigurdardóttir

DESTINO

Los casos de Freyja

El grito

Los casos
de Freyja I

Yrsa
Sigurdardóttir

Traducción de
Milo J. Krmpotić

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1679

Título original: *DNA*

© Yrsa Sigurdardóttir, 2014

Published by agreement with Salomonsson Agency

© por la traducción del inglés, Milo J. Krmpotić, 2025

Traducido a partir de la traducción inglesa, © *The Legacy* por Victoria Cribb, publicada en el Reino Unido por Hodder & Stoughton, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2025

ISBN: 978-84-233-6667-5

Depósito legal: B. 22.030-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Jueves

Elísa tarda un instante o dos en entender dónde se encuentra. Está tumbada de lado, con el edredón enredado entre las piernas, la almohada doblada debajo de la mejilla. La habitación se encuentra a oscuras, pero, a través del hueco entre las cortinas, una estrella la mira parpadeante desde las inmensidades del espacio. Al otro lado de la cama, el edredón está liso y plano; la almohada, ahuecada. El silencio también le parece ajeno; pese a todas las veces en que la ha mantenido despierta e irritada, echa de menos el sonido de sus ronquidos. Y echa de menos la calidez que su recalentado marido irradia siempre, y que la obliga a dormir con una pierna asomando entre la ropa de cama.

Por rutina, ha adoptado esa posición y le ha entrado frío.

Mientras vuelve a taparse con el edredón, nota un escalofrío en las piernas y se le pone la piel de gallina. Le recuerda a la época en que Sigvaldi hacía el turno de noche, pero esta vez no espera que llegue a casa por la mañana, bostezando, ojeroso, con olor a hospital. Aún tardará una semana en regresar de la conferencia. El día anterior, cuando le dijo adiós con un beso en la

estación central de autobuses, él se mostró más impaciente que ella por poner fin a la despedida. Le conoce bien, sabe que volverá apestando a una nueva loción para después del afeitado comprada en la tienda libre de impuestos y ella tendrá que dormir con la nariz pegada al codo hasta que se acostumbre a ese nuevo olor.

Aunque le echa un poco de menos, la emoción se entremezcla con el placer que le provoca pensar que dispondrá de unos días para sí. La perspectiva de las tardes con un dominio total del mando del televisor, de no tener que ceder ante la demanda superior de los partidos de fútbol. Tardes en las que podrá pasar con un poco de pan ácimo y queso para cenar, sin tener que escuchar los gruñidos del estómago de él durante el resto de la noche.

Pero esa semana de vacaciones de su marido tendrá también sus inconvenientes. Estará sola a cargo de sus tres hijos, sola para lidiar con todo lo que eso implica: despertarlos, sacarlos de la cama, llevarlos al colegio e ir a recogerlos, ayudarles con los deberes, mantenerlos entretenidos, controlar el rato que pasan con el ordenador, darles de comer, bañarlos, cepillarles los dientes, meterlos en la cama. A Margrét hay que llevarla dos veces por semana a clase de ballet; a Stefán y a Bárdur, a karate, y ha de quedarse sentada esperando a que acaben. Esa es una de sus tareas menos gratificantes, ya que la obliga a enfrentarse al hecho de que sus hijos ni disfrutan de esas actividades ni tienen talento para ellas, y que además tampoco son baratas. Por lo que puede ver, sus hijos se aburren, no siguen al resto de los niños, siempre los pillan mirando hacia el lado equivocado, boquiabiertos, con las mejillas sonrosadas, atónitos al contemplar a los que siempre lo hacen todo

bien. O quizá sea al revés: quizá sus hijos son los únicos que han entendido de qué va la cosa.

Espera a que la somnolencia se desvanezca, consciente del resplandor de color verde radiactivo que emite el reloj despertador en la mesa de noche. Por lo general, comienza el día odiándolo, pero en ese instante no experimenta el ansia habitual por arrojarlo al otro lado de la habitación, ya que los dígitos luminosos le indican que dispone de varias horas más para dormir. Su cerebro cansado se niega a calcular el número exacto. Una pregunta más importante la inquieta: ¿por qué se ha despertado?

Para evitar el resplandor fluorescente del reloj, Elísa se da la vuelta y ahoga un grito al ver una figura oscura parada al lado de la cama. Pero se trata tan solo de Margrét, su primogénita, la hija que nunca ha estado en sintonía con los demás niños, que nunca ha sido feliz de verdad. Así que eso es lo que la ha despertado.

—Margrét, cariño, ¿por qué no estás durmiendo? —le pregunta con voz ronca, mirándola inquisitivamente a los ojos, que parecen de color negro en la penumbra. La masa de pelo rizado que enmarca su rostro pálido está encrespada.

La niña se sube al edredón liso y se acuesta al lado de Elísa. Inclina la cabeza para susurrarle, con un aliento cálido que huele ligeramente a pasta de dientes y que le hace cosquillas en la oreja:

—Hay un hombre en casa.

Elísa se incorpora, el corazón acelerado pese a saber que no hay nada de qué preocuparse.

—Estabas soñando, cariño. ¿Te acuerdas de lo que hablamos? Las cosas que sueñas no son reales. Los sueños y la realidad son dos mundos diferentes.

Margrét viene sufriendo pesadillas desde que era

pequeña. Sus dos hermanos se quedan fritos en el momento mismo en que su cabeza entra en contacto con la almohada, igual que su padre, y no se despiertan hasta la mañana. Pero la noche rara vez le reporta ese tipo de paz a su hermana. Lo normal es que Elísa y su marido se despierten de golpe con los gritos penetrantes de la niña. Los médicos les dijeron que se le pasaría con la edad, pero han transcurrido dos años y apenas han visto señales de mejoría.

Los rizos alborotados de la niña se mecen de un lado al otro cuando sacude la cabeza.

—No estaba dormida. Estaba despierta. —Sigue hablando en susurros y se lleva un dedo a los labios para indicarle a su madre que no levante la voz—. He ido a hacer un pipí y le he visto. Está sentado en el salón.

—Todos nos confundimos a veces. Soy consciente de que yo... —Elísa se interrumpe a mitad de la frase—. Shh... —Lo dice más para ella misma. No ha llegado ningún sonido procedente del pasillo, se lo debe de haber imaginado. La puerta está entreabierta y ella se esfuerza por ver al otro lado, pero no encuentra más que oscuridad. Por supuesto. ¿Y quién podría estar ahí afuera, de todos modos? Sus posesiones no son nada del otro mundo y es poco probable que su casa, tan mal pintada, atraiga a los ladrones. Por otro lado, es una de las pocas en esa calle que no tiene pegatinas en las ventanas anunciando la presencia de un sistema de seguridad.

Margrét vuelve a inclinar la cabeza hacia la oreja de su madre.

—No estoy confundida. Hay un hombre en casa. Le he visto desde el pasillo. —La voz grave de la niña suena del todo despierta, no revela ningún indicio de somnolencia o confusión.

Elísa enciende la luz de la mesilla y busca el móvil a tientas. ¿Es posible que el reloj despertador se haya parado? El aparato ha tenido que soportar todo tipo de tratos violentos a lo largo de los años, y ella ha perdido la cuenta de las veces que ha acabado tirado en el suelo. Es probable que no valga la pena llevar a Margrét de nuevo a la cama; es probable que toque ya comenzar con las labores matutinas, llenar tres cuencos de leche, añadirle unas cucharadas de azúcar moreno y esperar que le dé tiempo a enjuagarse el champú del pelo mientras los niños comen. Pero el móvil no está en la mesilla, ni en el suelo, aunque habría jurado que se lo trajo consigo ayer por la noche antes de apagar las luces. Quería tenerlo a mano por si Sigvaldi le llamaba para informarla de que había llegado sano y salvo.

—¿Qué hora es, Margrét? —La niña nunca ha querido que la llamaran Magga.

—No lo sé. —Margrét mira hacia el pasillo. Acto seguido, al volverse, susurra—: ¿Quién puede haberse presentado en mitad de la noche? No puede ser una buena persona.

—No. No puede ser nadie en absoluto. —Elísa se da cuenta de lo poco convincente que ha sonado. ¿Y si la niña tiene razón y alguien ha entrado en casa? Se baja de la cama y sus dedos se enroscan al encontrarse con el suelo helado. No lleva puesta más que una de las camisetas viejas de Sigvaldi y vuelve a sentir que se le eriza la piel de las piernas—. Quédate aquí. Voy a comprobarlo. Cuando vuelva, no tendremos que preocuparnos de nada más y podremos irnos a dormir de nuevo, ¿de acuerdo?

Margrét asiente con la cabeza. Se sube el edredón de su madre hasta los ojos y murmura desde debajo:

—Ten cuidado. No es una buena persona.

Las palabras resuenan en los oídos de Elísa mientras sale al pasillo, haciendo un esfuerzo por parecer despreocupada, confiada en que no habrá ningún intruso. Pero Margrét ha sembrado la semilla de la duda en su mente. Ay, ¿por qué no pasaría eso la noche anterior, con Sigvaldi en casa? ¿Habría sido pedir demasiado? Elísa se abraza a sí misma para protegerse del frío, pero eso no la ayuda. Al encender la luz, el brillo le hace daño en los ojos.

La puerta del dormitorio de los niños emite un leve crujido cuando se asoma al interior para comprobar que estén durmiendo en paz. Los dos están tumbados en sus literas, los ojos cerrados, la boca abierta. Tira de la puerta con cuidado tras de sí.

No hay nadie en el baño. En la habitación de Margrét, su mirada se encuentra con la fila de muñecas y osos de peluche que se alinean sobre una estantería. Sus ojos parecen seguirla mientras se apresura a cerrar la puerta de nuevo. Se pregunta si esa disposición no explicará las pesadillas de la niña. Personalmente, si se despertara en mitad de la noche no le gustaría tener que enfrentarse a esas miradas rígidas. La penumbra hace que parezca haber un aire malévolo más allá de su dulzura. Quizá valga la pena cambiarlos de sitio, para ver si eso ayuda a que su hija duerma un poco mejor. Lo hará esa misma tarde, cuando vuelva del trabajo.

No hay nadie en el pasillo, ni en las habitaciones que dan a él; ninguna señal del intruso misterioso. Pero ¿qué esperaba? ¿Unas huellas? ¿Una colilla en el suelo? ¿Una maceta rota en una esquina? Al acercarse al salón y a la cocina se siente ya mucho más tranquila. La iluminación procedente de las farolas basta para que se convenza de que debe de haberse tratado de otra de

las fantasías de Margrét. La oscuridad siempre hace que a uno se le dispare la imaginación. Ve que no hay nadie en el salón, donde lo único que parece fuera de lugar es el cuenco de las palomitas delante del televisor y las piezas de Lego alrededor de la mesa de café. Todo está exactamente igual que cuando se fue a la cama. Qué tonta ha sido al ponerse de esa manera.

La sonrisa que curvaba sus labios se le borra de golpe. La puerta corrediza que separa la zona del comedor y la cocina está cerrada.

Y ellos nunca la cierran.

Poco a poco, con cautela, Elísa se acerca a ella de puntillas. Los pies descalzos se le pegan al parqué frío, su miedo va creciendo con cada paso que da. Acerca la oreja a la puerta blanca. Al principio no hay más que silencio, pero entonces se echa hacia atrás con violencia al oír la silla que rasca el suelo de la cocina.

¿Qué debe hacer? Su primer instinto es correr de vuelta a la cama y cubrirse hasta la cabeza con el edredón. Quien esté ahí dentro va a salir pronto. A Elísa no le preocupan en lo más mínimo sus pertenencias. El ladrón puede llevarse lo que quiera mientras se vaya de allí. Pero ¿qué demonios hace en la cocina? Parece que esté sentado a la mesa, y por un momento se pregunta si Margrét o alguno de los niños podría haber pasado a su lado sin que ella se diera cuenta. Pero no, es imposible.

Para su horror, oye que el intruso se pone en pie. Lo único que se le ocurre es acercar la oreja de nuevo a la puerta. Un cajón se abre y se cierra, luego otro y otro más, hasta que oye el repiqueteo que produce la cubertería. O los cuchillos. A continuación, el sonido de la puerta corrediza que da a la despensa rompe el silencio. ¿Qué tipo de ladrón podría sentir interés por

la comida enlatada y las cajas de cereales? ¿Por una escoba, una pala y los trapos, por el cubo y la aspiradora? En vez de dejar que esa idea la tranquilice, el terror de Elísa se intensifica. Las personas que se comportan de manera irracional son mucho más peligrosas que las que se rigen por las normas convencionales. Se aleja de la puerta y retrocede sin hacer ruido por el salón. Su móvil debe de estar sobre la mesa de café. O en el baño. Hace dos años decidieron prescindir de la línea fija y por primera vez la echa de menos. Mira hacia el vestíbulo y se plantea la posibilidad de salir corriendo a la calle, de pedir ayuda a gritos y rezar porque se las arregle para despertar a los vecinos a tiempo. Pero eso implicaría dejar a los niños atrás. Con un hombre que quizá esté armado con un cuchillo de cocina. Da un único paso hacia la puerta de entrada y se detiene; no puede abandonar a sus hijos. En su lugar, se vuelve y se dirige hacia el pasillo que conduce a las habitaciones. Ya casi está allí cuando oye que se abre la puerta corre-diza de la cocina. Se apresura a entrar al pasillo, cierra la puerta a su espalda y apaga la luz. No se atreve a detenerse y comprobar si el hombre la sigue.

Frenética, con la sensación de que va a estallarle la cabeza, Elísa intenta resolver lo que debe hacer. ¿Cómo puede escapar? No hay manera de bloquear la puerta de su dormitorio; la mayoría de las llaves se habían perdido ya cuando se mudaron a esa casa y nunca ha encontrado un motivo para reemplazarlas. La puerta del baño sí se puede trabar, pero atrincherarse allí sería igual de malo que huir de la casa: los niños quedarían desprotegidos. De todos modos, entra veloz en el baño en busca del móvil, aparta las toallas y abre los cajones con manos temblorosas. Pero es inútil, el maldito aparato no está allí. Se le llenan los ojos de lágrimas al

examinar el caos que ha provocado. ¿Cuándo se supone que podrá poner orden? Como si no tuviera ya bastante trabajo.

Regresa al pasillo, consciente de que está perdiendo la cabeza. No puede pensar más que en el tiempo que ha malgastado buscando el móvil cuando debería haber intentado sacar a los niños de allí. Claro que no sabe bien cómo podría haberlo hecho y en cualquier caso ya es demasiado tarde. No puede reprimir un grito cuando ve que la puerta que hay al otro extremo del corredor comienza a abrirse. Pero no es un grito sonoro ni penetrante; es más bien como el sonido tenue que un conejo podría lanzar *in extremis*. No soporta la idea de ver al intruso, así que se mete a toda prisa en su habitación y cierra la puerta tras de sí. Oye los pasos del hombre, seguido de un traqueteo, como si estuviera arrastrando algo. Pero ¿qué? El corazón le martillea en el pecho.

—¿Margrét?

No ve a su hija por ninguna parte.

—¿Margrét?

Se le quiebra la voz, y eso no la ayuda nada a estimular su valor. Es solo que no logra decidir por qué búsqueda decantarse, la del móvil o la de Margrét. Antes de que pueda tomar una decisión, la puerta se abre a su espalda y el hombre entra en la habitación. Se detiene y el traqueteo suena con más fuerza, como si estuviera sacudiendo algo en el umbral. No puede volverse a mirar, se ha quedado paralizada. Siente una urgencia abrumadora por cerrar los ojos. Ese traqueteo le resulta familiar, pero, por mucho que se esfuerce, no logra recordar por qué. Su cerebro está apagando con rapidez todos sus centros nerviosos vitales, los que más necesita en ese momento.

Paralizada por el miedo, Elísa oye que susurran su nombre a su espalda. Suena amortiguado, como si el hombre llevara puesta una bufanda sobre la boca. No cree reconocer esa voz, pero ¿cómo suena la gente cuando susurra? Sin duda será un sonido muy diferente de lo normal. Margrét no sonó igual que siempre cuando le habló antes en susurros. Pero el aliento dulce y cálido que le provocó un cosquilleo en la oreja se encuentra a un millón de kilómetros de distancia del chirrido ronco que la llena de terror en ese momento.

¿Quién es? ¿Qué quiere? Debe de conocerla, o al menos conoce su nombre. ¿Lo ha visto en la cocina? ¿En un sobre, o en la postal que le mandó su amiga Gunna y que está colgada en la nevera?

Elísa nota que una mano fuerte, en apariencia cubierta por un guante, la coge por el cuello. A continuación, algo puntiagudo hace presión contra su espalda. Un cuchillo.

—Por favor... —susurra. Deja el resto sin decir: «Por favor, no me hagas daño. Por favor, no me violes. Por favor, no me mates. Por favor, por favor, por favor, no lastimes a mis hijos». Él retira la punta del cuchillo, le suelta el cuello y, antes de que Elísa pueda saber lo que está pasando, comienza a vendarle los ojos. El pánico aumenta cuando se da cuenta de que está usando una cinta adhesiva gruesa y fuerte, y que le enrolla la cabeza con ella vuelta tras vuelta. Igual que antes, en el baño, la lógica la abandona y el miedo por la seguridad de sus hijos y de sí misma disminuye momentáneamente ante la ansiedad por saber cómo conseguirá quitarse la cinta luego. Está pegada con tanta fuerza que, al deshacerse de ella, sin duda se arrancará las

pestañas y las cejas. Se le llenan los ojos de lágrimas y estas, al no tener dónde escapar, comienzan a disolver el pegamento, lo que le provoca una sensación de escozor.

—Por favor, por favor. No se lo diré a nadie. Puedes llevarte lo que quieras. Lo que quieras. Llévatelo todo.

—Gracias, pero no, gracias —le oye susurrar a su espalda.

A Elísa le fallan las rodillas.

—¡Por favor, llévate todo!

Le enrolla más cinta alrededor de la cabeza y ella se sacude cuando la corta. El hombre le pasa la mano con fuerza por la nuca, para pegar el extremo que había quedado suelto. Entonces le hace dar media vuelta y la tira sobre la cama. El colchón cede cuando el hombre se sienta a su lado y ella encoge la cabeza por instinto al notar que le acaricia el pelo. De repente, la caricia dulce adopta una nueva forma: la coge del pelo y tira de su cabeza para acercarla hacia sí.

Vuelve a hablarle en susurros, esta vez a un volumen un poco más alto. Ella no reconoce su voz amortiguada.

—Voy a contarte algo. Una pequeña historia. Un relato trágico. Te recomiendo que lo escuches con atención.

Elísa asiente con la cabeza. Él le tira con más fuerza del pelo, y le duele. ¿Por qué quiere contarle una historia? ¿Por qué no exige que le diga su número PIN, ni dónde guarda los objetos de valor? Le diría lo que fuera. Puede quedarse con todas sus tarjetas y con el acceso a las cuentas bancarias. Puede quedarse con la cubertería de plata que heredó de sus abuelos. Las pocas joyas que ha comprado a lo largo de su vida. Lo que

sea. Siempre y cuando no les haga daño a los niños ni a ella. Es lo único que importa.

Entre sollozos, logra preguntarle si piensa lastimar a los niños. No entiende su respuesta y eso no hace más que incrementar su angustia. Él vuelve a quedarse callado. La historia prometida no llega y se quedan ahí sentados, sin hablar, Elísa con los ojos vendados, el corazón latiéndole con tanta fuerza que parece a punto de estallar. Oye y nota que el hombre se pone en pie, experimenta un destello de esperanza al pensar que se dispone a marcharse, a dejar las cosas así. No se atreve a albergar esa esperanza. Debe mantenerse alerta, quizá se dispone a atacarla desde atrás. Vuelve a oír un traqueteo y le parece detectar un ruido sordo, como si hubiera enchufado algo al lado de la puerta. Elísa comienza a repasar en la cabeza todos los aparatos eléctricos de la casa que podrían lastimarla: el taladro que le regaló a Sigvaldi por Navidad, la batidora de mano, la podadora, las tenacillas, la plancha, la sandwichera, la tetera. ¿Cuál sería peor? ¿Cuál le da menos miedo? Elísa está respirando con tanta rapidez y de manera tan entrecortada que piensa que se va a desmayar. Entonces recuerda que la mayoría de esos aparatos horribles tienen un cable demasiado corto para llegar hasta la cama, y eso hace que se tranquilice un poco. Pero la sensación no dura demasiado.

Al oír que el hombre se acerca de nuevo, pierde el control y hace un último intento por huir, pese a saber que está condenado al fracaso. Él puede ver; ella no. Él es más grande y más fuerte. Aun así, rueda sobre la cama para llegar al otro lado. Oye una exclamación rabiosa y nota que el peso del hombre cae sobre ella cuando está tumbada bocabajo, con la mitad del cuerpo encima de la cama y la otra mitad fuera de ella. Un

brazo ha quedado doblado debajo de su cuerpo, el otro ha quedado colgando, y su mano se mueve a ciegas bajo el colchón. El hombre le propina un fuerte golpe en la espalda. Su columna se estremece y por un momento Elísa se queda sin aire. Se sienta a horcajadas encima de ella, impidiendo que se mueva, y oye que saca más cinta adhesiva del rollo. En vano palpa el suelo en busca de un arma. Arrastra los dedos por debajo de la cama como si su mano fuera una araña. Un obstáculo inesperado pero familiar hace que se detenga un momento. Tantea el cuerpo suave y cálido, y de repente cae en la cuenta. Apenas tiene tiempo para llevarse un dedo a los labios y articular un «Shh» antes de que el hombre tire con fuerza de sus brazos y le ate las muñecas a la espalda.

El hombre vuelve a tirar de ella y comienza a sacudirla hasta que Elísa tiene la sensación de que el cerebro le queda suelto dentro de la cabeza. Todo se ha vuelto negro y teme que no sea ya cosa de la cinta, que sus ojos hayan dejado de funcionar y sus oídos vayan por el mismo camino. Los sonidos leves que acompañan la violencia del hombre parecen desvanecerse, pero enseguida ganan volumen de nuevo cuando él la atrae hacia sí y comienza a derramar sobre ella la historia que le había prometido; la historia con la que la había amenazado.

Al acabar, se pone en pie, la hace rodar sobre su espalda y le clava una rodilla en el pecho para impedir cualquier otro intento de escapar. Entonces coge el rollo de cinta y se lo pasa con fuerza sobre las orejas y la nariz. Una vuelta tras otra. Oye el fragor en los oídos, pero la respiración ruidosa de su nariz es mucho más preocupante. Y dolorosa. Siente que la presión sobre su pecho se relaja. A través de la cinta oye un ruido

débil y al fin comprende qué es lo que el hombre ha arrastrado hasta la habitación. Entre todas las demás posibilidades, no se le había ocurrido temer esa. Cuando él la coge de nuevo, Elísa se da cuenta de lo absurdamente optimista que ha sido.